

IV Jornadas de Investigación en Humanidades

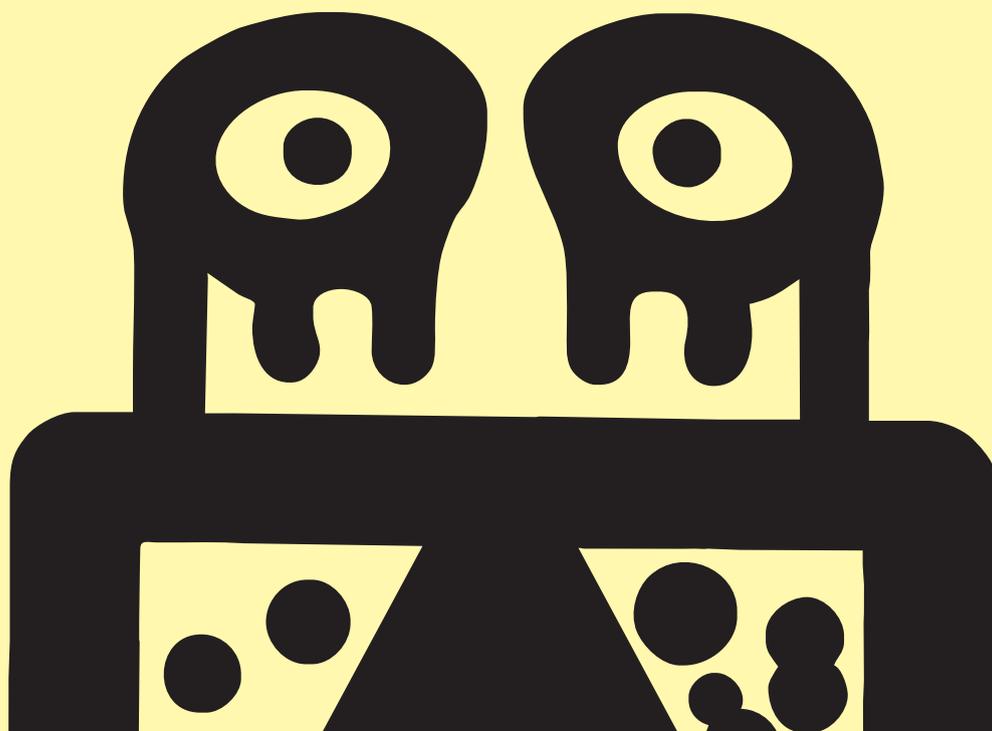
Homenaje a Laura Laiseca

29, 30 y 31 de agosto de 2011

Departamento de Humanidades

Universidad Nacional del Sur

ACTAS



ACTAS

IV Jornadas de Investigación en Humanidades

Homenaje a Laura Laiseca

Bahía Blanca, 29, 30 y 31 de agosto de 2011

Departamento de Humanidades

Universidad Nacional del Sur

Las yeguas y las chacras de Calfulcurá: economía del cacicato salinero (mediados del siglo XIX)

Sebastián L. Alioto
Universidad Nacional del Sur
seba.alioto@gmail.com

Poco se sabe de la estructura y el funcionamiento internos de la agrupación salinera liderada por el *Vuta lonko* Calfulcurá, y del modo en que ella se servía de los recursos relacionados con la producción, el intercambio y el consumo.

Una ventana abierta a la observación de estos aspectos está constituida por el registro producido a raíz de la invasión *crisiana* que llegó a las tierras de Calfulcurá en 1858. Esos y otros testimonios nos servirán para describir aquí parcialmente los aspectos menos conocidos de la economía *llaimache* hacia mediados del siglo XIX.

La situación de los salineros en la década de 1850

Las cosas cambiaron radicalmente para Calfulcurá con la caída de Juan Manuel de Rosas. Las nuevas autoridades bonaerenses tenían convicciones distintas sobre la política a seguir respecto de los indígenas pampeanos. En primer lugar, las abundantes raciones de que gozaban el *Vuta Lonko* y sus aliados decrecieron súbitamente hasta hacerse insignificantes (Ratto 2007, 2011). En época de Rosas, los salineros habían llegado a recibir hasta 2.000 animales mensualmente entre yeguas y vacas (Avendaño, *Papeles*, fs. 515 R-515 V), provisión que permitía mantener aceiteada una red de alianzas políticas, que unía a Calfulcurá sobre todo con varias parcialidades de las pampas, la cordillera y Araucanía. Según Santiago Avendaño —quien estuvo en negociaciones de paz en los toldos de Calfulcurá (Salomón Tarquini, 2006) y prestó cierta atención al manejo económico de los indígenas—, luego de 1852 y con la mengua del racionamiento, los salineros buscaron una salida a la escasez generada por esa situación mediante el cultivo, tal como habían hecho los ranqueles unos años antes, cuando su economía entró en crisis por las sequías y las invasiones rosistas (Jiménez & Alioto, 2007). Dice Avendaño (Avendaño, *Papeles*, fs. 523 R, Archivo Estanislao Zeballos, Carpeta Manuscritos Guerra de Frontera) que mientras duró el gobierno de Rosas y el racionamiento (lo ubica en el período 1837-1852), los *llaimaches* no se habrían dedicado a la agricultura; con la caída del Restaurador, se cortaron también las raciones, y debieron buscar la manera de sumar recursos a su economía. A pesar de que Avendaño subraya su pequeñez individual, el conjunto de más de 300 huertas en Salinas impresionó a los invasores militares en 1858.

Es posible que el cambio no haya significado la adopción lisa y llana del cultivo a partir de la nada, sino que se le dedicara una atención mayor dentro del complejo de actividades económicas del grupo. Salvo la indicación de Avendaño, hay pocos datos

sobre su importancia; lateralmente, en una carta que escribió a Urquiza, Calfucurá se quejó de los avances cristianos sobre nuevas tierras diciendo que “sí es por lo presente no podemos sembrar una huerta por los Ranchos que hai.” (Calfucurá a Urquiza, Salinas Grandes, 4-2-1857, en Pavez Ojeda, 2008:295); y en otra carta, recomienda a sus aliados la dedicación al cultivo como modo de amistar con los *cristianos*: “Aquí bienen los chilenos los huelchos yo les regalo de lo que tengo y les aconsejo de que no inbadan a ninguna parte *que trabajen que siembren* de se modo han de adquirir la amistad de todos los cristianos.” (Calfucurá a Urquiza, Salinas Grandes, 1-12-1857, en Pavez Ojeda, 2008:305, énfasis añadido).

No obstante, hay evidencia de que el complejo de actividades de subsistencia incluía el cultivo hortícola, la recolección de vegetales en el monte adyacente a los campamentos,¹ la cría y pastoreo de ganado vacuno y sobre todo caballar, la caza,² el comercio con otras agrupaciones indígenas y con los cristianos en distintas localidades,³ y las incursiones en busca de ganado, sobre todo en caso de conflicto.⁴

La entrada de 1858 a Salinas Grandes: toldos y huertas

En el año 1858, el ejército de Buenos Aires decidió realizar una entrada contra los toldos salineros, y avanzando a través de los primeros asentamientos indios de Pigüé y Carhué llegó al corazón de Salinas. Al describir los campos, la documentación producida en esa ocasión permite echar una mirada al funcionamiento de la economía nativa.

El coronel López de Osornio cuenta someramente su admiración por lo que vio a orillas del arroyo Carhué, donde se iniciaban los campamentos: “...la huertita de los indios y pensé que les había llegado el día en que ellos habían tenido que abandonar sus hogares” (López de Osornio, *Diario inédito*, cit. en Nario, 1965:19). Allí según Namuncurá, vivía el cacique “Canihumill con 300 trescientos indios” (Zeballos, *Papeles*, fs. 45 R, AEZ, CMGF). Granada describe la misma situación (Granada a Zapiola, Cuartel Gen.¹ en el Caruhué, 17-2-1858. AGN X 19.9.4.).

En el arroyo Puel, según López de Osornio, “...hallaron mucha algarroba, sal, cueros de todas clases, ollas, vegigas de grasa, ollas con grasa, morteros, platos de palo

¹ Debe tenerse en cuenta que hasta la ocupación estatal de estos territorios y la expansión de la frontera agro-ganadera, el llamado bosque pampeano tenía una distribución mucho mayor a la actual y ocupaba toda la región donde se hallaban los asentamientos de Salinas Grandes (AA.VV., 2006, Larguía en Rojas Lagarde, 2007: 48).

² En una de las oraciones hechas en ocasión del bautismo (*catahan cahullen*) de un muchacho, se pronunciaba una oración que rogaba “a Dios para que lo hiciera guapo y peleador y para que alcanzara y boleara avestruces y gamos cuando no tuviera que comer” (Rojas Lagarde, 2007:83). Varias alusiones a la caza en Zeballos, *Papeles*, AEZ, CMGF, *passim*.

³ Ese comercio incluía a los ranqueles, patagones de Yanquetruz, y diversos grupos chilenos por un lado; por otro, las localidades de Patagones, Bahía Blanca, Tandil, fuertes de 25 de Mayo y demás fronterizos, frontera de Córdoba, etc.

⁴ Según dijo Namuncurá a Zeballos, podían distinguirse dos tipos de malón: las pequeñas incursiones de poca gente en busca de ganado se podían hacer incluso en épocas de paz, y eran prácticamente incontrolables; pero las grandes invasiones eran de carácter militar y necesitaban del concurso de mucha gente y por lo tanto de gestiones diplomáticas y de una gran organización (Zeballos, *Papeles*, AEZ, CMGF, fs. 47R-47V). Luego de la caída de Rosas, las relaciones con Buenos Aires empeoraron rápidamente, a pesar de un primer intento por mantenerlas (Ratto, 2011) y sobrevinieron una serie de importantes malones.

y de lata, fuentes y también gallinas, seis vacas lecheras, mucha lana hilada en los husos y todos los toldos parados. (López de Osornio, cit. en Nario, 1965:19).

En Quellaicó el mismo militar encontró vacas y ovejas; en Leofucó, en los toldos del cacique Quintrel, había aves de corral y otros animales domésticos, y frutos de las labores hortícolas: "...muchos zapallos, sandías, melones, chodos, algarroba, huevos de gallina, avestruces mansitos, y un guanaco criado guacho; escobillas de zarza, estribos y espuelas de plata, algunos chapeados, y hasta varias guitarras y un acordeón" (López de Osornio, cit. en Nario, 1965:20).⁵

El parte que Paunero envió a Mitre fechado en "Huilqué, cerca de Curramalán", el 6 de marzo de 1858, nos da una idea cabal de la población y los recursos que existían en uno de los campamentos más grandes del grupo salinero. Paunero dice que el ejército se ha comido "sus 600 vacas y 3000 ovejas, destruyendo sus tolderías que dan la idea de haber muchas almas indias que las han habitado" (Wenceslao Paunero a Bartolomé Mitre, *La Tribuna*, 19 de marzo de 1858, cit. en Monferrán Monferrán, 1952, pp. 138-139). Los toldos que Paunero destruyó en ese momento sumaban 300 en una extensión de treinta leguas (es decir unos 150 km.) y "todos tenían chacras de maíz, zapallos, sandías, y melones, que la tropa ha comido ó destruido" (Ibidem). Es decir, trescientos toldos, diez por legua, cada uno con su chacra de vegetales cultivados. Cada toldo pudo tener unos diez ocupantes —cálculo de Mansilla con respecto a los ranqueles (1986, 390). En el detalle de los habitantes de los toldos de dos caciques que se instalaron en cercanías del fuerte 25 de Mayo en la década de 1850, las cifras coinciden a grandes rasgos: el promedio de personas era entre 9 y 10 por toldo (Grau, 1949:290-294) Si multiplicamos por diez entonces, la cuenta da unas 3000 personas aprovisionándose del producto de sus huertas solo en los alrededores de Salinas.

El ganado

Al este del territorio salinero, en Carhué, Calfucurá tenía una "estancia", un campo de pastoreo e invernada, donde le hizo dejar a Solano Larguía las yeguas flacas traídas desde la frontera, para que se restablecieran del viaje. Después empezaban los toldos de la gente de Calfucurá y el cacique mismo estaba ubicado más al oeste, a unas 7 u 8 leguas de las Salinas.

Las informaciones que tenemos sobre esos campos son contradictorias. Dos años antes de la invasión, Larguía aseguraba que "los campos de Salinas son pintorescos y están llenos de haciendas" (Rojas Lagarde, 2007:48). Pero por otro lado, un parte de Conesa dice que son completamente "*escasos de pastos combenientes á nuestros Caballos y aun de agua buena*" (Conesa a Granada, Campam.¹⁰ en los Toldos de Calfucurá, 21-2-1858. AGN 19.9.4).

A pesar de las condiciones semiáridas de esa parte del Distrito del Caldén (AA.VV., 2006), en un verano de seca, los indígenas eran capaces de cultivar y de criar ganado allí, aprovechando al máximo los pastos y aguadas disponibles.⁶

⁵ También en Guaminí había campamentos, pero al acercarse el ejército la gente de Millacurá que vivía allí se retiró 20 leguas más al norte, llevándose los animales que pudieron arrear; no sabemos si allí también había cultivos (Varios documentos de 1858 en AGN X, 19.9.4.).

⁶ En realidad, en las zonas donde el bosque es abierto y con pastizal, las condiciones para el pastoreo de ganado son muy buenas.

Podemos tener una somera idea de los ganados que tenían los indios de Salinas por la declaración de un cautivo que escapó de la agrupación de Calfucurá: “Preguntado si los indios tienen caballada y en que n^o, dijo: *que tienen como nueve ó diez mil Caballos Grálmente orejanos y gordos y muchísimo mas n^o de Yeguada dhas Caballadas las cuidan mucho, y todos los días recorren el Campo asta cierta distancia á cuyo efecto salen grupos de 50 y hasta de 100 indios*” (Declaración del Cautivo Leandro Silva, Fuerte Azul, 11-4-1858. Mariano E., AGN X 19.9.4).

La referencia a semejante número de caballos “orejanos y gordos” es importante porque muestra por un lado que son mayormente criados por indígenas,⁷ y además que estaban bien alimentados y cuidados, cuando contemporáneamente en Bahía Blanca y Tandil era imposible encontrar caballos buenos, y el ejército terminó comprando potros para domar (Zapiola a Echenagucía, Buenos Aires, 9-4-1858. AGN X, 44.7.35.). El cuidado de los caballos era fundamental para los nativos: contemporáneamente al testimonio anterior, relataba un indio que “olló decir á Calfucura ahora como un mes que contaba con 500 indios de Pelea pero segun el declarante se le han desparramado muchos, *que se han internado en los montes cuidando sus animales* y que sabe que Cañumil Quentrel y Colinao se hayan reunidos con Calfucurá” (Declaración del Yndio José Chico, Fuerte Azul, 10-4-1858. AGN X, 19.9.4).

Es de suponer que ante la invasión los nativos se hayan llevado antes que nada los caballos que se arrean más ligero, dejando atrás las vacas y ovejas, rezagadas por su mayor lentitud. Aunque la sensación sea que de Salinas se fueron a último momento, el cacique tehuelche Yanquetruz aseveró al comandante de Patagones que Calfucurá había retirado con anticipación a las familias y ganado hacia la cordillera (José M. Bulnes Yanquetruz a Francisco Fourmantin, Choele Choel, 25-3-1858. AGN X, 19.8.6).

El ganado también fue objeto de intercambio comercial. Parte de las vacas y yeguas, quizá algunas apropiadas de los malones de los años anteriores, habían sido intercambiadas por plata con los indios chilenos, y por aguardiente y ropa con los criollos de Río Cuarto, Bahía Blanca y otras localidades fronterizas (Solano Larguía, en Rojas Lagarde 2007:90).

En un caso, comerciantes de Bahía Blanca llevan ropa para vender a cambio de hacienda para el abasto (Informe del Comandante Militar de Bahía Blanca, 29-7-1856. AGN X, 19.4.5.), ante la escasez recurrente de vacas (Susviela a Mitre, 21-1-1856. AGN X, 19.4.5.). También les compran a los indios de Calfucurá caballos patrios, en Bahía Blanca y Patagones (Susviela a Mitre, 16-10-1856. AGN X, 19.4.5.). Cuando le proponen paces a Yanquetruz, le aseguran que así podría comerciar “como lo ha hecho el Cacique Calfucura con [...] Bahia Blanca, à donde sus Yndios estan llevando ganado, cueros y cuanto tienen, y llevan tabaco, yerba, aguardiente y cuanto necesitan en sus toldos.” (Vecinos de Patagones a Yanquetruz, Patagones, 5-6-1856. AGN X, 19.4.5.). Como sabía que el comercio era importante también para los bahienses, Calfucurá amenazó con “que no permitiría que los cristianos compraran bacas a los indios por que no quiere que su gente se quede sin tener que comer” (Solano Larguía, en Rojas Lagarde, 2007:80-81). Pero poco después volvía a pedir pasaportes para comerciar con el fuerte y exigía el precio de \$80 por los cueros, que era lo que estaban pagando a sus indios en Azul (Calfucurá a Iturra, 6 noviembre 1857, en Pavez 2008:300).

⁷ Contra opiniones como la de Rojas (Lagarde, 2007).

Conclusiones: la economía y la paz

En las entrevistas que Zeballos le realizó, Namuncurá estableció claramente cuál era la importancia relativa de las distintas actividades económicas, y las políticas que llevaba adelante su padre para estimularlas:

Así pues la verdadera política que mantenía Callfk-curá era la amistad y la paz para que viviera bien y tranquila toda la tribu porque así podían trabajar ya comerciando, de los productos de las boleadas ya cada uno e entregarse al cuidado y aumento de sus ganados, ya cultivo de las tierras por cuanto hacían sus plantaciones para sus propias vidas ó alimentos. Y porque en la paz, bien entendida cada pequeño grupo no temía mudarse del paraje donde estaba, porque nunca se podía conseguir un buen resultado de ninguna dedicacion á un trabajo si no se contaba con una residencia segura en un mismo paraje. Las hostilidades de ambas partes, pues comprometia la estabilidad tranquila. Por otro lado el Gobierno pasaba tambien racionamientos aunque esto, no era y no podía ser un medio suficiente y duradero, ayudaba al vivir de los indios, accidentalmente. Sobre este asunto de racionamiento la mayoría siempre estaba descontenta porque esto era muy malo y escaso, en las mas de las ocasiones. (Zeballos, *Papeles*, fs. 47 V, AEZ, CMGF).

La cita es sintética y clara. La paz servía a las distintas actividades que conformaban la economía nativa: el comercio, la caza, la cría de ganados y el cultivo. Las raciones, por su parte, constituyeron un remedio accidental a alguna escasez, pero no el sustento fundamental para la vida.

Los largos años que Calfucurá estuvo en las pampas nos invitan a pensar en su continuidad, perdiendo de vista que en realidad debió adaptarse a una época de cambios permanentes y muy rápidos. Sus respuestas político-económicas fueron, en ese sentido, muy inteligentes, tratando de explotar sus fortalezas y las debilidades del enemigo, las posibilidades que le daba el paisaje y la red de alianzas políticas que había logrado tejer. La década de 1850 fue un tiempo de adaptación a las nuevas condiciones políticas, en las que Buenos Aires pasó a ser un enemigo a pesar de los intentos de negociación, y debió buscarse la alianza de la Confederación y la ayuda militar de los indios *moluches*.

Antes y ahora, Calfucurá se presenta como un líder capaz de mantener a todos sus subordinados y aliados contentos, prósperos y en paz.⁸ Las alianzas hechas en épocas de

⁸ A Urquiza le recomendaba que les recordara a sus antiguos camaradas “que tengan por bista que yo he sido el que los he hacomodado y que por mi estan hoi ricos y bien posicionados” (Calfucurá a Urquiza, 1-12-1857, en Pavez Ojeda, 2008: 304). Según Avendaño, su discurso era el de la generosidad y la pacificación generales, de las que su política era garante: “nada quiero para mi; nada me doy solo quiero que mas tarde me agradezcan todos los dias la abundancia que voy á proporcionarles, los que hoy no lo creen, lo creeran despues, cuando vean trozos de hacienda dirigiendose pausadamente a mulu mapu, à guillimapu, à Picun mapu y por fin á todas partes. No creo que los indios carezcan de conocimiento (quimou) tanto como para que desconozcan que soy yo el autor de tanto bien mi politica no puede ser mas veneficiosa_ los indios no tendran que quemarse ya en el fuego de la guerra buscando una tira de carne, la tendran pacificamente y comeran tranquilos con sus hijos y mugeres el fruto que yo les preparo con la paz, criaran sus hijos sin tener que pensar en donde irán á esconderlos cuando sean inbadidos, porque no inbadiendo nosotros nadie nos inquietará, ojalà que todos sepan comprender el valimiento del que hace tanto por los suyos sin decear nada para sí. El gobierno nos ha ofrecido haciendas (Julliañ) y no solo seran para nosotros, no solo nosotros queremos vivir; se mantendran todos y cada uno sera dueño de un caballo

paz y de raciones de Rosas, cuando compartió según Avendaño los bienes recibidos con todos los grupos aliados, le permitió en época de guerra con Buenos Aires en la década de 1850 activarlas en su beneficio, de modo que ya en abril de 1858 estaba rearmando su liga: “el Casique Calfucurá cuenta con sus indios, con los Chilenos, Borogas, y Ranqueles, á todos los cuales á mandado Chasques” (Declaración del Cautivo Leandro Silva, Fuerte Azul, 11-4-1858. Mariano E., AGN X 19.9.4). Este cautivo afirma que podía juntar 2.000 lanzas; en diciembre, un indio llamado Lincoleo asegura que son 1.000; (Francisco Iturra a Nicolás Granada, Bahía Blanca, 4-12-1858. AGN, X, 19.9.4.; Granada a Zapiola, Campamento Napostá Grande, 5-12-1858. AGN X 19.9.4.); al año siguiente Calfucurá atacará Bahía Blanca con 1.500 guerreros (Ratto, 2011).

A partir de su existencia autónoma y de sus políticas, el Estado de Buenos Aires dificultó la posición de Calfucurá como líder de la generosidad y la abundancia, como gran negociador con el Estado y garante de la paz y la tranquilidad. Eso se vio agravado con la entrada de 1858, en que la paz que hacía que nadie tuviera que “pensar en donde irán á esconder [a sus hijos] cuando sean inbadidos” fue vulnerada, las chacras quemadas, las familias debieron huir hacia el monte y los animales ser arreados o abandonados. La temporaria derrota no lo abatió, pero cambió el signo de su liderazgo. De gran árbitro, Calfucurá debió convertirse en líder de la resistencia: en los tiempos por venir, su trabajo se haría más y más difícil.

Bibliografía

- AA.VV. (2006), Primer Inventario Nacional de Bosques Nativos, Segunda Etapa, Inventario de Campo de la Región Espinal, Distritos Caldén y Ñandubay, Anexo I: Estado de Conservación del Distrito Caldén. S/lugar de edición, Secretaría de Desarrollo Sustentable.
- Grau, Carlos A. (1949), El Fuerte de 25 de Mayo en Cruz de Guerra. Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, Contribución a la Historia de los Pueblos de la PBA, vol. XXV, La Plata, Dirección de Impresiones Oficiales.
- Jiménez, Juan Francisco & Alioto, Sebastián (2007), ““Que ningún desgraciado muera de hambre”: agricultura, reciprocidad y reelaboración de identidades entre los ranqueles en la década de 1840”, en: *Mundo Agrario*, vol. 8, n° 15, pp. 0-0. [en línea].
- Nario, Hugo I. (1965), *La campaña a Salinas Grandes del año 1858 (Sobre los datos del Diario inédito del Coronel Antonino López de Osornio)*, Tandil, sin mención de editorial.
- Mansilla, Lucio V. (1986), *Una excursión a los indios ranqueles*, Buenos Aires, Hyspamérica-Biblioteca Ayacucho.
- Monferrán, Ernesto Eugenio (1962), *El ejército de operaciones del Sud y la batalla de Pihüé*, Buenos Aires, Senado de la Nación.
- Pavez Ojeda, Jorge (comp.) (2008), *Cartas mapuche: Siglo XIX*, Santiago de Chile, CoLibris & Ocho.
- Ratto, Silvia (2007), *Indios y cristianos: entre la guerra y la paz en las fronteras*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Ratto, Silvia (2011), “Tiempos de abundancia para Calfucurá: raciones, obsequios y malones en las décadas de 1840 y 1850”, en: Daniel Villar & Juan Francisco Jiménez (editores), *Amigos, hermanos y parientes. Líderes y liderados en las Sociedades Indígenas de la pampa oriental (siglo XIX)*, Bahía Blanca, Centro de Documentación Patagónica – UNS, (en prensa).
- Rojas Lagarde, Jorge Luis (2007), “*Viejito porteño*”: un maestro en el toldero de Calfucurá, Buenos Aires, El Elefante Blanco.
- Salomón Tarquini, Celia Claudia (2006), “«El niño que hablaba con el papel». Santiago Avendaño”, en: Raúl J. Mandrini (ed.), *Vivir entre dos mundos: conflicto y convivencia en las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*, Bs. As., Taurus (Nueva Dimensión Argentina), pp. 119-136.

vistoso y gordo para lucir en el su buen (llochó_cón) herraje; y si es posible, que no haya un solo pobre entre los indios” (Avendaño, *Papeles*, f. 517 V).